

(3)

Un adiós en soledad

- Dr Olmo, ¿se encuentra bien?
- No es nada. Me ha debido entrar algo en el ojo.
- ¿Quiere que le traiga un café?
- No, gracias Juani. Quizá más tarde.

La veterana auxiliar sabía que algo ocurría. Conocía al internista desde hacía más de veinte años y le había visto afrontar las situaciones más complicadas, manteniendo siempre la compostura y sabiendo transmitir confianza a todo el equipo. Rogaban para que, si algún paciente sufría una parada cardiorrespiratoria en la planta, estuviera el Dr Olmo al mando. Todos confiaban su salud y la de sus íntimos al respetado galeno.

Pero esa mañana se había derrumbado. Tres décadas de profesión no pudieron evitar que no se convirtiera en rutina la atención a un enfermo moribundo. Iván Olmo, especialista curtido en enfermedades infecciosas, había visto morir a muchas personas, sin embargo, su sensibilidad ante la tragedia que por aquellos días sufría media humanidad estaba minando su resistencia, ya mermada por larguísimas jornadas de trabajo con pacientes que

llegaban en condiciones cada vez peores y en mayor número. Por tanta gente joven en serio peligro de muerte. Por tantos ancianos cuyos ojos derramaban lágrimas de miedo y soledad, confinados en habitaciones solitarias cuya función se parecía más a una lúgubre morgue que a un sanatorio. Por magníficos profesionales a su cargo, desbordados por un problema que nadie había previsto. Con escasez de material para atender tal avalancha de trabajo y con la amenaza de pagar con su salud o su vida, la imprevisión de unos gobernantes fatuos e incapaces.

Las ceremonias reiterativas de auxiliares, enfermeras y médicos ayudándose mutuamente a vestir los trajes de protección para pasar visita constituían esas mañanas, penosos momentos de incertidumbre. Las miradas grises y fugaces se sucedían en silencio. No sabían si los equipos de protección conseguirían evitar que se infectaran y pasaran a engordar la insultantemente larga lista de sanitarios enfermos o muertos en acto de servicio. Los pacientes se merecían ese esfuerzo, pero cada cual tenía sus ilusiones y sus familias que corrían también grave riesgo. Nadie dormía bien en esos tiempos. Muchos ni siquiera vivían en sus casas y con sus familias durante esos interminables días. Se habían visto obligados a buscarse un refugio donde aislarse de sus seres queridos y protegerles de un contagio. El miedo y la incertidumbre inundaban todo y teñían el ambiente de un denso e inquietante temor. Al regresar al vestuario, el sudor, el cansancio y la angustia se añadían al dolor por cada paciente visitado, aislado en su habitación sin más compañía que los trabajadores que le atendían y visitaban, completamente irreconocibles tras dos pares de gafas y mascarillas. Barreras que no conseguían derribar unas palabras de

consuelo y de aliento de unas personas cuyo rostro no veían y cuyos ojos cansados y llorosos muchas veces apenas llegaban a adivinar detrás del vaho de los cristales.

Por la mañana, había llegado el primero a su servicio. Vivir provisionalmente cerca del hospital y no poder dormir desde que comenzó aquella pesadilla era parte del motivo. El fundamental, sin embargo, era haber tenido que abandonar su hogar para no infectar a su familia si él caía. Si aquello no terminaba pronto, acabaría con su salud. Apenas conciliaba el sueño. No comía. Había incrementado su consumo de cerveza y tabaco. Vagaba por una ciudad desierta y fría con alguna justificación preparada para cuando la fuerza pública quisiera conocer el motivo de su estancia en unas calles confinadas, prohibidas a la presencia de ciudadanos que no estuvieran en tránsito a los pocos trabajos activos o a la adquisición de alimentos. Su consuelo y su amargura al tiempo, eran las videollamadas con su esposa y sus hijos, en las que trataba de ocultar inútilmente la pesada carga de soportar un trabajo ingrato como nunca lo había percibido y de una separación impuesta de los suyos acrecentada por unos sentimientos de miedo y desesperanza nunca antes experimentados.

- Agente, soy médico y voy a visitar a un paciente a su domicilio.
- ¿Porqué va caminando y no en coche?
- No tengo coche, agente
- Le conocemos, doctor. ¿quiere que le llevemos a su visita?
- No, gracias, agente. Necesito tomar un poco de aire fresco.

- Lo comprendo doctor. Que tenga un buen servicio y gracias por su labor
- Gracias a ustedes también por la suya.

Gotas de fría lluvia marcaban puntos de distorsión en los cristales de sus gafas, empañadas por dentro debido al vaho que subía por encima de la mascarilla. La irritación que las fibras textiles le causaban en la nariz le hacía estornudar de vez en cuando y provocaba el respingo de algún transeúnte con el que ocasionalmente se cruzaba a corta distancia.

Aquella gélida mañana de marzo su angustia era mayor. La noche anterior había dejado prácticamente desahuciado a un paciente muy especial. Javier. 38 años. Médico de familia. El primer residente del Dr Olmo. Un profesional brillante. Entregado como nadie a sus pacientes. Y a sus tres pequeños hijos, el principal motor de su vida. El maldito virus entró en su cuerpo gracias a una mascarilla absolutamente inútil, comprada a un precio astronómico, propio de un material de la máxima calidad, que ese elemento protector, sin duda no tenía. Era un hombre fuerte, deportista y sano, en el que la enfermedad había corroído por dentro sus pulmones. El respirador no conseguía meter en su sangre la cantidad de oxígeno que su cuerpo demandaba y su resistencia decaía alarmantemente.

Los indicadores de gravedad de la enfermedad empeoraban día tras día. A Olmo, cada vez le costaba más enmascarar esta cruel realidad a su amigo cuando lo visitaba cada mañana. Y muchas veces cada tarde. Su mente no se apartaba del lecho de su

compañero durante las inacabables horas de los dieciséis días que llevaba ingresado.

Llegó a la sala aún en el silencio de la madrugada. Se deslizó sigiloso hacia la pequeña cocinilla donde el personal se preparaba el café. Su estado de ánimo le pedía evitar encontrarse con cualquier compañero. Otra vez saludos forzados, palabras de aliento ya descoloridas y frías, exclamaciones de autoayuda al son del "resistiré" que retumbaba dolorosamente en todos los oídos. Había tirado la última colilla antes de entrar en el hospital, pero necesitaba fumar. Por primera vez había vulnerado la prohibición de hacerlo en el centro y se encerró en su despacho junto a la ventana abierta pero no pudo dar más de dos caladas. Estaba temblando y cayó en la cuenta de que lloraba amargamente. Sabía que esa mañana iba a ser una de las peores de su vida y de su profesión. No le habían llamado durante la noche como había ordenado si se producía el terrible acontecimiento, pero no estaba seguro de que no hubiese ocurrido. Y no se sentía con coraje para mirar la lista de pacientes ingresados. Dejado caer en su sillón mojó en las lágrimas el recuerdo de la pasada tarde.

- Maestro - Javier llamaba así al Dr Olmo desde que se formó en Medicina Interna con él - me estoy muriendo.

- ¡No digas eso, Javier! – exclamó Olmo intentando impostar un tono casi indignado que no logró improvisar- Aún nos quedan muchas batallas. Bueno, más a ti que a mí, bribón, que para eso eres veinte años más joven que yo.

El demacrado médico, postrado en la cama, con evidente dificultad para respirar, esbozó una amarga mueca mientras Iván Olmo tragaba saliva. El veterano galeno siempre sabía mantener el tipo ante un paciente en las circunstancias más adversas pero esta vez sabía que no había resultado convincente. No tenía fuerzas para mantener el ritual de la exploración física, inútil a esas alturas, pero quizá capaz de transmitir al paciente la tranquilidad de que todo estaba bajo control.

Quiso ofrecer a su colega urdir alguna estratagema para que pudiera ver a sus hijos, por última vez, burlando el confinamiento de los niños y el cruel aislamiento decretado para estos pacientes infectados, pero no tuvo fuerzas. Su amigo lo hubiera rechazado. Cuando abandonó la habitación fue consciente de que no pudo mentirle y creía que esa sería la última vez que lo vería con vida

En el pasillo, el calor que provocaba el traje de aislamiento y la vista nublada por las lágrimas casi le precipitan contra el suelo. Llegó a duras penas al vestuario. Ante el espejo que le servía para retirarse cuidadosamente el equipo sin correr el riesgo de infectarse, miró fijamente a los ojos que tenía enfrente. Vio impotencia, rabia, desilusión y angustia. Pero vio algo más. Algo aterrador. Por primera vez en su larga trayectoria profesional vio miedo. El miedo ante la amenaza de una muerte que podía estar muy cerca. La suya propia.

-Dr Olmo. ¿Se encuentra bien?